

REAL
ACADEMIA
DE
CÓRDOBA

Colección
M^{ra} Teresa
García Moreno
Serie Catálogos
Nº 5

GINÉS LIÉBANA, 100 AÑOS DE CREACIÓN (1921 - 2021)

GINÉS LIÉBANA

100 AÑOS
DE CREACIÓN
(1921 - 2021)



2021

GINÉS LIÉBANA, CIEN AÑOS DE CREACIÓN

EDICIÓN AL CUIDADO DE MIGUEL CLEMENTSON LOPE



ccdo
DE CIENCIAS
BELLAS LETRAS
NOBLES ARTES
REAL ACADEMIA
DE CÓRDOBA


Diputación
de Córdoba

Edita

REAL ACADEMIA DE CIENCIAS, BELLAS LETRAS Y NOBLES ARTES DE CÓRDOBA

Dirección y coordinación

Miguel Clementson Lope

Textos

José Cosano Moyano	Raúl del Pozo	Rosa Luque
AAVV	Bartolomé Delgado Cerrillo	Jacinto Mañas
Ángel Aroca	Dicc. <i>Larousse</i> de la Pintura	Fernando Martín
Alfredo Asensi	Bernd Dietz	Ricardo Molina
Julio Aumente	Luis Figuerola Ferreti	Francisco Nieva
Juan Bernier	Manuel Gahete	Vicente Núñez
Jesús Cabrera	Antonio Gala	Ana Palacio
Carmelo Casaño	Pablo García Baena	José M. ^a Palencia Cerezo
Juana Castro	José Luis González Cobelo	José Ant. Ponferrada Cerezo
Carlos Clementson	César González Ruano	José María Prieto
Miguel Clementson Lope	José Hierro	Francisco Umbral
José de Miguel	Joaquín Lobato	Mercedes Valverde Candil
Carlos Edmundo de Ory	Mario López	Francisco Zueras
Luis Antonio de Villena	Roberto Loya	Ginés Liébana

Documentación técnica, bibliográfica y fotográfica

M. Clementson

Diseño gráfico y maquetación

M. Clementson, José Manuel Nieto Rosa

Edición fotográfica y fotografía

Francisco J. Segura Castellanos, M. Clementson, Mateo Liébana, Rafael Inglada, José M. de la Fuente, Piedad Aroca, José Jiménez Poyato, Ángeles Clementson Lope, e imágenes del archivo personal del artista

© De los textos

los respectivos autores

© De las fotografías

los respectivos autores

Especial gratitud y reconocimiento a

Diputación de Córdoba	Rafael Inglada
Escuela de Arte « <i>Mateo Inurria</i> »	Mario Galán
Ayuntamiento de Villa del Río	José Manuel de la Fuente
Museo Prov. de Bellas Artes de Córdoba	Ángeles Clementson Lope
Mateo Liébana	

Impresión

Litopress (Avda. República Argentina, 22. Telf. 957 23 57 02, email: edicioneslitopress.com)

ISBN 978-84-123535-9-4 Dep. legal CO 551-2021

GINÉS LIÉBANA, EL POETA INVISIBLE DE TODOS LOS RESORTES

Bernd Dietz

Los cien años de Ginés Liébana constituyen una ventura para todos nosotros, un motivo de admirada felicidad y de enorgullecimiento instructivo. También suponen una epifanía de excepcionalidad, cumplimiento y sabiduría, amén de un alegato contra los entrometidos vientos de



G. LIÉBANA, *Paraje con un fondo de capricho italiano* (2014), gouache, 24,5 x 13 cm.

la moda y de la *doxa*. Vigorosamente actual, por viva e intemporal, por clásica y moderna, por espontáneamente natural y serenamente sagaz, su aportación no es de las que se glosan con unos elogios de aliño, unos comentarios de complicidad generacional o amical, unos guiños ditirámicos de oportunismo ambiental. No, él se merece otra actitud. Porque lo que se requiere es un bisturí hermenéutico hecho de comprensión cabal y de precisión descriptiva. La recompensa residirá en formular lo que no ha sido formulado y lo que otros no articulan. En alumbrar lo escondido y, por contera, reflexionar sobre los entresijos del arte.

Si bien se me ha pedido que esboce algunas consideraciones sobre el Liébana poeta, no puedo dejar de señalar ciertas peculiaridades del artista plástico, en la medida en que la trayectoria de éste configura un haz de disidencias, con respecto al decurso temporal y sus condicionantes ideológicos, susceptible de promover una mejor intelección, aunque sólo fuese por capilaridad u ósmosis, asimismo de su literatura. Aún está reciente, porque apareció en 2018, el libro de Alberto Adsuara titulado *17 razones para no ser artista. Aprendizaje del desapego*, un elocuente testimonio en el que argumenta sus motivos "para abandonar la práctica artística o para evitarla desde un principio". ¿A qué podrá estarse refiriendo Adsuara sino al hecho de que, si lo que pasa hoy por arte es lo que impera, él quiere estar en otra parte lo más alejada que se tercié? Lo que declara es que no quiere ser artista, porque detesta formar parte de un club o gremio que considera despreciable. Existe, claro, una manera más sublime y acuciosa de abordar el asunto, que es la que encarna el pintor noruego Odd Nerdrum, nacido en 1944 y responsable de una producción tan subyugante como hermosa, comparable en grandeza y ambición a la de sus dos modelos o influencias principales, que son Rembrandt y Caravaggio. Nerdrum constata lo mismo que Adsuara, que lo que se tiene por arte es en realidad su contrario. Un feroz enemigo. Pero como tampoco él quiere instalarse en una esfera que considera repugnante, opta por declarar que no es artista, sino el rey del *kitsch*, proclamando por lo tanto que lo que él y sus



G. LIÉBANA, *Nereida* (1977)

seguidores practican se inscribe en el movimiento *kitsch*. Un prodigioso *kitsch*, ello es palpable, que se basa en pintar con la magia, la hondura, la técnica, la seriedad, la voluntad de estilo y el *pathos* de los grandes maestros.

No sería absurdo ni forzado ver en la obra plástica de Liébana concomitancias visuales con la espléndida pintura de Nerdrum, mas no es a esto a lo que apunto; sino a la circunstancia de que el dilatado periplo del pintor de Torredonjimeno discurre en paralelo, y en incansable oposición hostil, a los diversos movimientos artísticos que fueron desencadenando jalón a jalón, o jirón a jirón si se quiere —porque es una labor corrosiva y de demolición— ese infausto advenimiento del anti-arte, y de sus supercherías corruptas, económicamente voraces. Algo que da, según se ha expuesto, lugar al exabrupto de Adsuara, o que se puede ver astutamente retratado en la película *The Square*, del cineasta sueco Ruben Östlung, cinta con la que ganó la Palma de Oro en el festival de Cannes de 2017. ¿Cómo no percatarse de que el crecimiento y desarrollo del creador Ginés Liébana marca su decidido rechazo y su animadversión electiva a movimientos y tendencias como el dadaísmo, el llamado compromiso político (que es en esencia la servicialidad política del arte), la enrabiada contracultura del 68, el grosero disparate de Fluxus (a todo esto, siempre he pensado que Beuys y su truco epistemológico eran de

facto una forma sutil de camuflar el nazismo alemán), el postmodernismo banalizador, ese paternalismo infantilizante del multiculturalismo o el identitarismo terapéutico? Decir Liébana, como decir Nerdrum, es mostrar una terca eficacia en la heroica resistencia contra la centuria de declive, depauperación, deconstrucción y desmontaje que avanza pareja a la eclosión de comunismos y fascismos, cuyo adanismo nivelador hace suyo y que desemboca en el feísmo vandalizador que denuncian Östlung o Adsuara.

En 2017 tuve el privilegio de publicar un ensayo titulado "La poesía secreta de Ginés Liébana", en el hermoso volumen *La tradición trascendida. CÁNTICO y su época* que editara Balbina Prior. En esas páginas me esforzaba por trazar una semblanza del personaje que resaltara su unicidad dentro del celeberrimo grupo cordobés. Aludía a esa simultánea condición de miembro central y paradigmático de CÁNTICO y de extraño hito de exiliado perpetuo, arrullado por cosmopolitismos europeos, exotismos brasileños, improntas cervantinas y populismos andaluces. Esto es, me proponía demostrar que el más prototípico exponente de CÁNTICO, en un sentido profundo y espiritual, al lado de Pablo García Baena, era también un individuo genialmente periférico y taxativamente autónomo, a espaldas de cualquier provincianismo, ya fuera estético, geográfico, psicológico o mo-



G. LIÉBANA, sin título (2012), acrílico / tabla, 25 x 32 cm.

ral. Igualmente trataba de arrojar luz sobre la complejidad de su universo creativo y sus metodologías, así como sobre el modo en que se daban la mano en su trabajo la pintura y el dibujo, de un lado, y el teatro, la narrativa y la poesía, de otro. Y, como el espacio era limitado y el territorio a cubrir extenso y heteróclito, de remate hacía apenas una mención somera de sus numerosos libros publicados, muchos arduos de encontrar, aparecidos en ediciones a menudo marginales y, en cualquier caso, abrumadoramente ignorados por sus destinatarios naturales: los críticos, los lectores, los directores teatrales o los compañeros en el desempeño de las letras.

Una pertinente diferencia entre el Liébana pintor y el Liébana poeta o dramaturgo tiene que ver con las fechas. Aunque es probable que nuestro autor experimentara desde antiguo la atracción por la escritura (pese a que no se viera, por genuina devoción, emulando la consagración al oficio de un Ricardo Molina o de un Juan Bernier, sus referentes venerados), la cronología de sus libros impresos halla su punto de partida en 1990,

cuando es un hombre de casi setenta años. Y si bien resulta complicado fijar los momentos inicial y postrero de cualquier composición, dada la inveterada costumbre liebanesca de corregir, retomar, modificar, tachar y reescribir, la cual no se detiene jamás, ni siquiera cuando ha dado a la imprenta un texto suyo, parece verosímil deducir que su mayor apasionamiento por lo literario en su vertiente pública, de comunicación hacia fuera, se produce en un contexto emparentado con la sedicente *movida* madrileña, el entrecruzamiento entre tradiciones venerables y la puesta en solfa de las mismas, la extendida apelación a un histrionismo lúdico, en suma, que difumina las fronteras entre el rigor conceptual y el divertimento expresivo. Ni que decir tiene que, incluso entre el *mainstream* digamos más profesional o profesoral de los poetas españoles del periodo, lo que predomina es una suerte de marxismo o progresismo cultural no poco conversacional y populista, que ya no es, verbigracia, el del leonés grupo Claraboya, sino el de la "nueva sentimentalidad" y esa mal llamada "poesía de la experiencia", que, tras abjurar del "culturalismo" y me temo que con ello de la aspiración a la alta cultura, se apropia



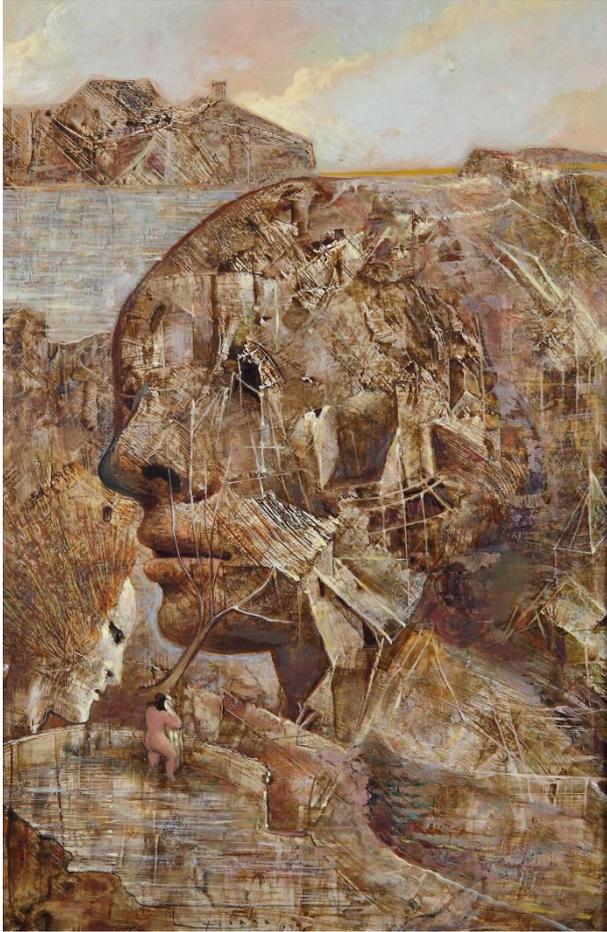
Ginés se ha dedicado a la consideración del género del retrato durante gran parte de su trayectoria profesional. El artista, en su estudio, entre dos complejas obras

a su manera un rótulo en principio destinado a otra clase de poesía menos estereotipada.

Mi percepción, que viene a ser mi tesis, es que Liébana, quien tras muchos años errabundos, libérrimos, pasionales, vivencialmente pletóricos, y de aristocratismo sensorial y existencial, empieza a disfrutar de una festiva celebridad capitalina, instalado en su deslumbradora casa-museo al norte de la ciudad, se consiente entretenerse rodeado de mil y un iconos de la fama y la farándula, mientras cultiva su inequívoca pulsión literaria bajo factores tal vez placenteramente halagadores, pero a la postre poco ventajosos para su labor. El ambiente literario en el que se desenvuelven *partenaires* un cuarto de siglo más jóvenes que él no es precisamente de una exigencia retórica o de una pureza estética congruentes con los ideales de los que él es por vocación y señorío servidor, y el universo verbal de sus viejos camaradas de *CÁNTICO*, de búsqueda exquisitez y depurado barroquismo, no encaja tampoco como un guante en sus coordenadas, que son más iconoclastas e innovadoras. Su recurso al humor, el flamenco, el ingenio, la sátira, la entrañable familiaridad de un andalucismo de pueblo y de simplicidad prebélica, hábilmente pasado por el tamiz de los clásicos españoles,

con ser elementos útiles y honrosos, que nadie como él ensambla con su personalidad y destreza, no son suficientes, ni para enlazar con el creciente protagonismo de Pablo García Baena, que cada vez más se resitúa y es resituado como vórtice del grupo, ni para conformar una constelación literaria con amigos suyos de quienes desinteresadamente había sido protector y compañero de fatigas, como Francisco Nieva, Carlos Edmundo de Ory o Antonio Gala. Menos aún, desde luego, para encontrarle ubicación entre las cuitas, los apetitos, la frivolidad afanada con los premios y los consustanciales dimes y directes de los jóvenes poetas de aquella hora.

Y en esta tesitura, cuando debería dejar estar, con tal sabor agridulce, nuestra elucidación del papel del poeta Ginés Liébana, cuyo periplo literario, aun arrojando concordancias y analogías con el pictórico, parece poseer una entidad menos afortunada, inferior en empaque al ingente universo de belleza que representan sus millares de cuadros y dibujos, sobreviene la campanada. O la segunda parte de mi tesis, que voy a sintetizar del modo siguiente: estamos ante un poeta invisible, hacedor, rilkeano, visionario, órfico, sacerdotal, lírico, metafísico; ante un creador meticuloso, un palpador de los



G. LIÉBANA, *Memoria de lo que puede suceder* (1978), óleo / tabla, 32 x 21 cm.

vocablos, un investigador de la estirpe de Blake y de Juan Eduardo Cirlot. Alguien que hace chocar palabras como pedernales en combinaciones por entero inusitadas, desatando un fuego límpido. Exactamente lo contrario de los poetas que empezaron a colonizar y dominar el paradigma de la poesía española hacia 1990, y que han proseguido, mediante automatismos previsibles y regueros de dinero público, abaratando el valor de sus productos, de entonces hasta ahora.

Que mi aseveración es osada, inverosímil, provocadora y va contracorriente no lo voy a negar. Pero la pronuncio a conciencia y con conocimiento de causa, tras haber pasado muchísimas horas, durante años, viendo y escuchando a Ginés Liébana leer y trabajar, conmigo de atónito testigo, amanuense y degustador, reelaborando

sus múltiples textos inéditos, fantásticos palimpsestos en los que reverberan las músicas más dulces, brotan con profusión selvática las imágenes más suntuosas, se plasma y se manifiesta un milagro infinito: el de una inteligencia creadora que es verbal y matérica, incuestionablemente liebanita, hermana de su mejor pintura y de sus mejores dibujos, los más lujosos, surrealistas y narrativos, los que proceden de El Bosco, Patinir y el Renacimiento italiano: la vieja *poiesis* en su energía rutilante y primigenia.

De ahí que haya hablado en el título de un poeta secreto, porque es una poesía desconocida, no publicada salvo en insignificantes fragmentos, no concluida ni cerrada aún, porque bulle y se transmuta magmáticamente al albur del hechicero, pero que existe, es sobriamente real, respira en sus cuadernos, a la espera de un respetuoso restaurador y conservador que otorgue a dichos textos su aura, su lugar sagrado y su residencia duradera de futuro. Que nunca será tan magnífica como la sala de máquinas y la alquimia del maestro, pero que protegerá sus hallazgos para los tiempos venideros. Y de ahí que le haya atribuido a ese poeta ignoto todos los resortes, porque los posee, los maneja y los controla. Porque le obedecen como los músicos de una sinfónica al director más reconocido. No son los resortes artesanos de un relojero o un orfebre, que sería lo menos malo ahora que en poesía hemos llegado a un *cul de sac* inferior en pretenciosidad misteriosa, pero semejante, en cuanto a nadería y vacuidad espiritual, al repetitivo panorama de las *performances* sin gracia y el informalismo desolado, que ha hecho al delator Aduara reconocer que el emperador está desnudo y por consiguiente querer huir del arte, o al liebanesco Nerdrum declararse, con conmovedora arrogancia, practicante del *kitsch*. Son los recursos innatos, inexplicables e incluso inconscientes de un raro taumaturgo.

Así que, como colofón, diría esto: Ginés Liébana, un andaluz trabajador y furibundo, que no tuvo confianza en sí como escritor, que profesó lealtad, afecto y pleitesía a sus conmitones de *CÁNTICO*, que siempre ensalzó sus virtudes y que propició, desde sus influyentes ocupaciones en Madrid durante los primeros años cuarenta, su proyección nacional como autores, es para quien suscribe, además de una singularísima cima del talento humano, el más sorprendente y arrebatador poeta de *CÁNTICO*.

G. LIÉBANA, *El embrujo del corderito* (2017),
collage y acrílico / papel, 29,3 x 20,4 cm.





ccbo



REAL ACADEMIA
DE CÓRDOBA



Diputación
de Córdoba